

EL ALBA

SUBE

Juan L. Ortiz

MOMENTO

El jardín llovido
eleva hacia las tímidas sonrisas azules
la mirada de sus rosas.
Ruptura cristalina del alado llamamiento
a la luz.
Pesado de delicia el jardín con sus árboles
se pierde en sus esencias.
Pero viene la brisa
y es una infancia de hojas y de flores danzando.
El canto de los pájaros a la danza se ciñe.

LA NOCHE Y LA MUJER

¿Dónde empieza la una y termina la otra?

Flor
de la noche
hecha sólo
de resplandores,
pero brotada
de un suave secreto
del cosmos.

Con su más pura
vida
es forma de la sombra
que mira
y abre
blancas sonrisas.

Loca la noche de la ciudad la quema en reflejos
¿Se muere en el día como una joya?

La noche de los árboles la entiende.
Y la calle iluminada
fija en ella su más viva y delicada pasión.

SÍ, LAS ROSAS

Sí, las rosas
y el canto de los pájaros.
Toda la hermosura del mundo,
y la nobleza del hombre,
y el encanto y la fuerza del espíritu.
Sí, la gracia de la primavera,
las sorpresas del cielo y de la mujer.
¿Pero la hondura negra, el agujero negro,
obsesionantes ?

Sí, Dios, lo divino,
a través de la rosa y del rocío,
y del cielo móvil de unos ojos,
pero el vacío negro, el horror vago y permanente de la
[sombra ?

Sí, muchachas en la tarde,
niños en los jardines,
paisajes que suenan como melodías perfectas,
versos de Rilke o de Brooke,
entusiasmo generoso de las jóvenes almas
capaz de cambiar el mundo,
belleza del sacrificio y del ideal,
y el amor, y el hijo, y la amistad,
¿pero el vacío negro, el escalofrío intermitente del
abismo?

ES OTOÑO, MUCHACHOS

Es Otoño, muchachos. Salid a caminar.
Otoño en su momento inicial, más hermoso.
No os engañará este azul casi alegre?
¿Alegre?
¿La profundidad tiene alguna vez alegría?

¿No os engañará este verde joyante por momentos?
¿ O esta invitación alada de la tarde ?
No, una honda presencia deshace las azules sombras
y apaga la alegría del campo
—un luminoso, puro sueño que tiembla—

¿Cómo, y la tarde no se corona de flores
como de un fuego quieto de ángeles guardianes?

Ya está el viento, muchachos, el viento del otoño, del
otoño,
violento o suave casi como un suspiro,
una enfermiza alma
de qué oscuros reinos?
que revela en las cosas
un herido pensamiento
de sorprendidas criaturas.

El viento,
niño fúnebre que juega con las últimas ilusiones del
cielo
hasta darle una aguda limpieza de extraña agua final.

El viento, muchachos, el viento infinito.

MAÑANA

Vestida de aguas verdes la mañana se va
hacia el sur. El rumor del viento la envuelve
mientras ella con gesto ebrio sobre los fluidos
prados un florecer de mariposas, nieva.

Sus labios encendidos, de secreta frescura,
se abren en una risa, matizada, de pájaros:
surtidor que ella bebe y la embriaga aún más.

Ya vuela hacia la paz humosa del confín,
—anhelo, juego, amor, que su éxtasis busca.—
¿O la llama el sueño azulado de aquellas
lejanas arboledas que del cielo ya son,
humos tenues del fuego que ha de modelarla?

SUEÑO ENCENDIDO.

Otoño, celeste puro, exaltado, entre nubes de humo,
que baja hasta una dulce palidez
entre una tenue gloria de vapores.

Otoño sobre las rosas, otoño del mediodía.

Las cosas encantadas en un sueño encendido.

Las chispas, sólo, de las hojas
aleteando.

NO, NO ES POSIBLE

No. no es posible.

Hermanos nuestros tiritan aquí, cerca, bajo la lluvia.

¡Fuera la delicia del fuego, con Proust entre las manos,
y el paisaje alejado como una melodía
bajo la llovizna
en el atardecer perdido del campo!

Fuera, fuera, Brahms flotando sobre los campos!

No, la muerte mágica de la música,
ni la turbadora sutileza,
mientras bajo la lluvia
hombres sin techo y sin pan
parados en los campos,
vacilan al entrar a la noche mojada!

OH, PUEBLO AZUL Y QUIETO

¡Oh pueblo azul y quieto bajo la madrugada,
a la vuelta del tedio ruidoso de la fiesta:
¡con qué extraña gracia como una aparición,
del ajeno alumbrado, vago aún, surgiste!

¿De qué mundo lejano, como un sueño caíste,
hecho de luz apenas realizada, que las
estrellas por ti tienen la inquietud ¡ay! aún pálida
de que el día lastime tu aérea arquitectura?

¿O ellas apuran el diálogo silencioso
que sostienen con tus invisibles criaturas
en una musical agonía de párpados,
que llena el aire de un secreto milagro?

¿Viven aquí los hombres, viven aquí los hombres?

ADELANTE, BRISA...

-Adelante, brisa, adelante.
¿Qué me traes de los campos?

— ¿De los campos?
Soy el anhelo
que se enciende en las flores,
aletea y canta en el pájaro,
y azulea con la pureza más ingrátida
en el cielo.
El anhelo aún incoercible,

el anhelo transparente,
el hálito original, el espíritu gracioso y sutil
de la tierra ilusionada.
Las flores cantan.
pero se quedan,
el pájaro llama, pero "está preso
en el círculo de su vuelo",
el azul se curva,
el agua tiene orillas,
pero como un ángel libre yo tiemblo y huyo,
¿hacia dónde voy?

CÓMO ES DE SENSIBLE

¡Cómo es de sensible la emoción del crepúsculo!
El silencio es tan hondo que hace daño casi,
a pesar de que arde, todo floral, arriba,
en la emocionada palidez del cielo,
con eucaliptus negros, de improviso, subidos.

¡Y cómo se prolonga la emoción! ¿Cuándo
una dulzura suave, flotante, alargó tenues
sombras entre las plantas? ¿Cuándo salió la luna?

Soledad de los campos con luna. Soledad.
Campo y luna, dos notas sólo que sostienen
esta música eterna. Campo y luna.
¿Para qué más? Tengamos el oído sutil.

LOS ÁNGELES BAJAN EN EL ANOCHECER

Los ángeles bajan en el anochecer
y se extienden por las
fachadas que al poniente
dan, tan tal dulzura
flotante, musical,
que da miedo, miedo
por ellos,
a pesar de sus alas
y de la indiferencia inclinada del pueblo.

En el campo se está
tranquilo.
Se confunden, juegan acaso,
conversan
con los pájaros
que vuelven,
circulan entre los sonidos
de las esquilas,
y sonrían a los silbidos
lejanos.
Se posan como pájaros espectrales
sobre un caballo blanco
o una vaca blanca,
puros de la penumbra
baja, y,
casi fluida.
Y se fijan, al fin,
se adhieren, ¿hasta cuándo?
a la pared encalada
de un rancho
posado sobre la loma.
¡Oh, el rancho celeste sobre la loma,

flotando hacia el azul triste,
anohecido,
del oriente!

RÍO ROSADO AÚN EN LA NOCHE

Río rosado aún en la noche,
a ras con las orillas, pálido entre las sombras.
La luna quiere guiarte o encantarte
esforzándose por mostrarte
los países aún no marchitos del ocaso.
Tú aún los recoges,
con una cortesía un poco distraída,
río rosado en la noche,
pues tienes una secreta obstinación
de correr mucho esta noche.
Nada de sueño, no, a pesar de la invitación
de la luna,
y de los grillos de la orilla que te llaman,
y de las luces cercanas que te hacen señas,
y de alguna casa de la barranca,
que quiere alargar su reflejo en tu paz.
Alto río rosado, pleno.
Una infantil energía, un ilusionado impulso,
te hace sordo esta noche
a lo que antes te hacía soñar y quedarte hasta el alba.
El canto de un pájaro en la medianoche
te detenía ¿recuerdas? frente a un árbol.
Ah, nos engaña casi tu transparencia tardía,
rosada, y con estremecimientos ya azulados.
Río pleno, pálido en la noche.

RÁFAGA DEL VACÍO

Ráfaga del vacío, del abismo,
que hace temblar como húmedos cirios a las plantas
con luna
y vuelve los caminos arroyos helados hacia la nada.
Ráfaga del vacío, del abismo.

Visos, todo, visos sobre la gran sombra!

Ah, y mis hermanos, mis hermanos sedientos,
sobre cuyas espaldas se edificó la belleza,
y florecieron todas las gracias que sonrieron a los otros,
los otros que no sintieron nunca
el perfume de sangre de las fragilísimas flores...
Mis hermanos esforzándose por saludar a la aurora!

¿ Será esa belleza nueva,
la belleza que crearán ellos,
esa belleza activa que lo arrastrará todo,
un fuego rosa contra el gran vacío,
o el viento que dará pies ágiles a la mañana,
sobre esta enfermedad aguda, terrible, de la sombra?

HAY ENTRE LOS ARBOLES.

Hay entre los árboles una dicha pálida, final,
apenas verde, que es un pensamiento
ya, pensamiento fluido de los árboles,
luz pensada por éstos en el anochecer?

Imágenes oscuras, los pájaros, vacilan
y quiebran, al fin, tímidas frases entre las hojas:
la pura voz delgada de ese pensamiento
que quiere concretarse porque empieza a sufrir.

¿Sufrir por qué? Alado, tiembla hacia las nubes,
miedoso de perderse, de morir, a pesar
de la gravitación ya sensible de algunas
estrellas, y del llamado espectral de las flores.

HAY EN EL CORAZÓN DE LA NOCHE

Hay en el corazón de la noche
un roce,
anterior al ángel que deshace
el éxtasis de las hojas,
anterior a los gallos,
al desmayo primero, tenue,
tenuísimo
del cielo,
a esas alas sobresaltadas
¿qué sueño, pesadilla de pájaro?

Hay en el corazón de la noche
un roce.
Cómo es de sensible la noche!

¿DE DÓNDE ERA LA PAZ?

¿De dónde era la paz con que la húmeda luna
entre las arboledas, azul, se deshela?
Callaba el río pálido viendo jugar los elfos
sobre el tenue rumor de la hierba plateada.

La pena terca casi sonreía a la fábula,
a merced del arroyo ideal del sendero,
pero esa perra herida a la orilla de éste,
esa perra, oh Dios mío, esperando la muerte

VERSOS LEÍDOS JUNTO

Versos leídos junto al río atardecido
con las miradas últimas del jardín otoñal
de ese cielo ¡ay! herido por las rosas más puras,
sobre la hierba oscura, y esa luz en las páginas...

Versos leídos casi entre un doble vacío
cuyo llamado tiene un encanto más fuerte
que el mismo de la música, voz acaso encantada
de la muerte, la noche ciega o iluminada

Versos leídos junto al río atardecido,
ya sonriendo a la llama de la líquida estrella,
pero esa garza herida por la honda infantil,
vuelo quieto y gris, sangrante y abatido

ESTOS HOMBRES

¿Estos hombres que vuelven,
sienten la gracia
de los puros espíritus
del crepúsculo?
Se diría que sí.
Parecen flotantes
fantasmas pálidos.
Los que están parados
en las puertas
frente al dulce abanico de luz última
—nobles estatuas de melancolía—
¿sentirán aún más
la caricia de impalpables alas extrañas?
Ah, si ciertamente fuera así,
una serena dicha fuera nuestra.
Pero aquel hombre vago sólo siente
que a la inseguridad terrible de su vida
se une la tierra negra,
que en su casa deshecha no le espera la lámpara
rodeada de risas,
sino un montón oscuro
de infantiles figuras contraídas,
y la desesperada, femenina, pregunta cotidiana.

Pero yo sé que un día verás, oh hermano mío, en el
horizonte,
temblar, bajo el rocío, para tí, limpios jardines...

PERDÓN ¡OH NOCHES!

Perdón

¡oh noches de octubre! claras, clarísimas
y quietas,

con las plantas mojadas de plata
dándoos su intimidad fragante;
con vuestro rocío, ¡oh noches!

con el viento

que agita las confidencias vegetales,
que agita los misterios dormidos de las cosas
y los mece en el aire como fúnebres paños.

Perdón, ¡oh noches!

de madreselvas y naranjos consumiéndose
en la ilusión antigua
de su florecimiento.

Apenas

si os he sentido.

Perdón, oh casas del pueblo,
profundas de historias secretas en la noche,
estáticas en el tiempo con vuestra fragilidad de ruinas.

Unas sombras viejas

que suspiran a las estrellas, asomadas a las rejas,
con el vals que se deshoja, allá lejos. . .

Casas viejas, viejas, en la luna.

He pasado excesivamente de prisa ante vosotras.

Perdón, oh mañanas

que con traslúcidos dedos,
alargados a través de las hojas y los pájaros,
habéis tocado mis párpados pesados,

y no os he respondido

para asistir a la revelación de las flores,
de la hierba brillante, del río deslumhrado. . .

Perdón, ¡oh tardes de las 3!

ligeras, ligeras, todavía,
frescas aún como acuarelas celestes.
Un hombre que va a pescar.
Una mujer vestida de blanco.
Las orillas del río, amarillas de flores.
Una nube en el cielo y otra nube en el río.
Una sobrevida temblorosa de espejo. . .
Perdón, oh tardes,
que apenas os haya mirado.
Y a vosotros, atardeceres de octubre, tan sensibles,
"suite" silenciosa de qué extraños espíritus?
cuyo más mínimo movimiento
me penetraba todo,
perdón!
os he sido casi indiferente.
Noches, casas, mañanas, tardes,
crepúsculos:
cómo sustraerme al drama del hombre,
al drama del hombre que quiere crearse,
modificar el mundo,
cambiar la vida,
sí, cambiar la vida

NADA MÁS

¿Dónde se hizo esta
luz
velada ?

El chingolo canta.
Este canto en la luz
como desde el seno
tímido de la luz.
Y las orillas
florecidas,
las orillas
amarillas,
las orillas temblando
en la sensitiva
mirada del río
Demasiado, demasiado.
Sólo la soledad
apenas
dorada,
con este canto.

CON UNA PERFECCIÓN

Con una perfección exquisita
—exquisita ¿verdad?, hermanos míos
pálidos y rotos—
el Domingo —ligera nube lila
de paraísos y luz propia de flores—
se evapora.

Gracias a vosotros,
al oscuro trabajo de vosotros,
puedo estar yo aquí sentado
mirando cómo el cielo último al morir
vuelve su faz hacia el jardín,
y éste quiere subir y da dos o tres notas luminosas
antes de exhalarse todo para la noche.
Cómo se corresponden estas muertes
—¿verdad, hermanos míos?
Yo oigo el final suspiro de estas frágiles vidas
y me estremezco.
¿Pero qué os doy, hermanos míos,
qué os doy por vuestro oscuro trabajo?
¿Qué os daré?
¿Armas para vuestras guerrillas?
¿Cantos que os prendan alas de fuego a vuestros
pasos?
¿Luces sensitivas para las cosas
que rodearán vuestros lejanos hijos
de numerosas y delicadas presencias?
Ah, sólo quizás
simples, torpes reflejos animistas o mágicos.

AROMOS DE LA CALLE

Aromos de la calle.
Qué dicha flotante,
inmediata,
casi palpable!
No la siente el pobre,
no puede sentirla,
y tan cerca de él
el alma embriagada
del aroma!
Vergüenza de ser
el único en la fiesta
fragante
bajo la mirada
—celeste a destiempo—
del cielo que abren
nubes tibias.
Pero yo sé que un día
los frutos de la tierra
y del cielo, más finos,
llegarán a todos,
a todos, a todos.
Que las almas más
ignoradas
se abrirán a los
signos más etéreos
del día, la noche,
y de las estaciones...

UN CANTO SOLO

Un grillo, sólo, que late el silencio.
¿A su voz se fijan
los resplandores
errátiles
de las estrellas
que tienden hilos vagos
al desvelo
de las flores, las hierbas, los follajes ?
¿O es una tenue voz aislada
junto al arpa que forman esos hilos
y que hace cantar la noche
con su último canto
secreto ?
No oigo
ya
el grillo.
Vibra un canto
sutilísimo, profundo,
¿hasta cuándo?

Los cantos de los gallos
quebran metales tristes, irisados,
que no son de este mundo,
de qué tímida alba
que aún no ha tocado las estrellas
pero que sienten ya
el río
y las alas:
pálido serafín que se asoma a los cielos
con un agudo, casi desgarrado, heraldo.

NADA MÁS QUE ESTA LUZ

Nada más que esta luz, otoño.

Nada más que esta luz.

El éxtasis, el éxtasis,
entre el cielo y la tierra, suspendido,
mejor: que se abre y se dilata como un alma
profunda, pero de una
claridad delicada de serenos
pensamientos sensibles.

Nada más que esta luz, otoño,
otoño, nada más que esta luz
que penetra sutil

las cosas

pero queda

al rededor de ellas, como temblando,
sensitiva

y casi pudorosa.

Nada más que esta luz, otoño.

¿ Es de todos esta luz ?

La calle humilde está
traspasada, y como elevada,
ligera,

en esta dicha etérea.

Pero a todos llegas, otoño,

a todos llegas en esta tarde

en que hay manos translúcidas y eternas
que hacen signos tiernos en el aire

GRACIA SECRETA

Gracia secreta de
esta mañana.

El cielo es un vapor
dulce.

Los árboles, la brisa, los pájaros,
sienten esta delicia suspendida.

Se sienten ellos dentro de esta sensitiva
dicha íntima y fresca.

Y apenas si se mueven, tiemblan, cantan,
como guardando el sueño perlado de la luz.

Sí, la luz está dormida.

Días pasados cómo danzaba la loca.

Quería dar la última fiesta rítmica del verano,
y se encendía, y agitaba sus pálidos cabellos al viento,
para luego huir en una dorada inquietud
que deshacía el mundo, las cosas.

Cómo se complacía, la loca,
en encender y apagar las delicadas y quietas
apariencias.

Ebria de ritmo, danzaba
la última fiesta del verano

ESTAS PRIMERAS TARDES...

Estas primeras tardes de primavera,
tan celestes, tan puras,
—Domingo que es una soledad
de luz y árboles—
cómo me entristecen!
Perdonadme, camaradas, esta tristeza.
Estoy penetrado de sutiles, de viejos venenos.
Me entristecen quizás
porque bajo el vuelo posado de esta dicha aérea,
me encuentro frente al fantasma de mi soledad de
antes.
¿O es que una dicha así impalpable
es siempre triste?

Excusadme, compañeros,
este suspiro.
Los Domingos de estos pueblos
tienen la sonrisa de una muerte encantadora.

Pájaros que apenas cantan.
Y árboles, árboles, sólo, con el cielo.
Pienso que si todos fueran dichosos,
cómo respondería esta dicha a la paz
fluida del cielo.
Guirnaldas humanas ondularían armoniosamente
cantando las canciones sencillas y bellas
de los poetas amados de todos.
Las músicas que soñaba Debussy para los parques,
harían un tejido frágil y grave, suspendido.
¿Es esta tristeza, entonces, la tristeza de la posesión?
Si en todos estuviera esta dicha
como una gracia transparente

que diera ritmo a los cuerpos,
melodía a la voz,
amor vivo, vivo, a las almas,
sensibilidad a todos bajo los dedos de la música,
yo no estuviera triste.

La belleza de la tarde
no sería recogida sólo por los árboles,
por los pájaros, por el río que la lleva, ¿hacia dónde?
por un refinado nostálgico y ultrasensible,
sino que tendría también una más amplia, inmediata, y
¿por qué no?

más completa
expresión humana.
La tarde para todos, compañeros.

EL VIENTO

El viento ha apagado la tarde.
Y el anochecer moroso, de azul místico,
llega

Noche pálida aún, y rameada.
Serafines, veo, solos, sobre las ramas.
Pero el ángelus tiéndelos
amigas manos,
y sonríen.

¡Cómo se pierde su sonrisa en la sombra!

SI, YO SÉ

Sí, yo sé que un hilo de flauta
es despreciable para vosotros.
Que las canciones de marcha son las a vosotros
debidas.
ahora en que es necesario ir, bajo ráfagas de fuego,
acaso,
a ayudar a nacer el mundo nuestro y vuestro.
Pero es tan sereno y delicado este crepúsculo
de fines de Agosto
que pienso en una frente ilusionada de adolescente
esparciendo una frágil fiebre de sueños secretos y
fragantes.
La frente de los adolescentes, ¡qué adorable! ¡qué
adorable!
La misma palidez ilusionada de este cielo.
¿Y estos tímidos brotes, son sueños aflorados?
Hay un tierno azoramiento de sueños evaporados,
y muy tenue,
que da un valor ya floral a las casitas blancas,
una suavidad de rosas a la arena de la calle.. .

UNA LUZ TIBIA

Una luz tibia de perla.
Una luz replegada
para que tanta nieve
floral
dé delicadamente
la suya, matizada, de mariposas quietas.
El silencio y el sueño, invierno,
cómo meditaron esta dicha y esta gracia,
si frágil,
y,
efímera,
para todos, para la sonrisa y la bondad de todos,
para la luz íntima de todos,
para los cantos humildes y como inconscientes
de todos,
para el amor melodioso de todos!
Hay un vaho de dolor, de tristeza,
de horror, de sangre,
que nos vela esta mágica alba vegetal,
pero sabemos,
sí, sabemos,
que mañana,
sentidos numerosos y más sutiles,
sentidos vírgenes, ahora desconocidos y humillados
recogerán
maravillados,
todos los mensajes alados de la dicha terrestre.

SOBRE LOS MONTES...

Sobre los montes un canto.
Un canto, solo, en la tarde.
¿Qué Invisible ave nostálgica llama?
¿Es el aire que canta?
¿O es la soledad infantil
pero profunda, que dice
a los cielos alejados,
lo que el reflejo y el ritmo del río,
lo que las flores
agrestes, lo que los árboles,
no pueden comunicar?

Sobre los montes un canto.
El silencio tan sensible,
con qué dulzura lejana,
melodiosa, se quiebra!
En su ruptura, la tarde
su tensión celeste afloja.
Qué silencio el de las aguas
ahora, y el arroyuelo
—temblor pudoroso entre
las altas hierbas— ¿por qué
ha callado? ¿Es este canto,
entonces, la pura esencia
de esta soledad perdida
en sí misma, que pedía
a las aguas, a los pájaros,
a los follajes, a las flores,
la voz que necesitaba?
¡Qué dicha honda, si frágil,
que el anhelo musical
de tantas vidas secretas,

de tan mágicas presencias
como concierta el paisaje,
al fin encuentre su canto!
Un canto sobre los montes.
¡Un canto, sólo, en la tarde!

Juan L Ortiz. El Alba Sube. Argentina. 1933.

Poemas sobre el instante, en los que la forma actúa dialécticamente sobre el fondo. La contemplación implica compromiso con lo que se observa.

TERCER MUNDO

folletinesdelaterceraoposición.blogspot.com

El autor de estos textos es la sociedad en la que fueron concebidos. Su comprensión se torna imposible sin un conocimiento cabal de las circunstancias políticas, culturales y económicas que los rodea(ba)n en el momento de su publicación.